

En la hipótesis de la ingeniería electoral

OCTAVIO RODRÍGUEZ ARAUJO

¿Quiénes, cuántos y por qué partido votarán el 18 de este mes en México? La encuesta que comentamos en estas páginas intenta despejar incógnitas, dar información, facilitar el análisis, establecer tendencias y elaborar hipótesis interpretativas sobre este tema.

Tres aspectos queremos resaltar de la encuesta que CEOP llevó a cabo del 11 al 14 de julio para *Este país*: 1) la actitud de los ciudadanos mexicanos respecto de los partidos políticos de oposición, del partido gubernamental y del gobierno mismo; 2) la tendencia electoral de los ciudadanos hacia las próximas elecciones federales; y 3) las posibilidades de que estas elecciones presenten alguna(s) de las anomalías que han sido denunciadas o supuestas por partidos, especialistas en la materia o por ciudadanos comunes.

Quiénes nos dedicamos a estos temas sabemos qué plantean los partidos políticos, cuáles son sus principios, a qué aspiran, cuales sus grados de independencia, etcétera, pero rara vez conocemos lo que los ciudadanos saben y quieren de los partidos políticos. En el mejor de los casos, dadas las cifras de elecciones anteriores, podemos suponer cuál es la tendencia de voto del conjunto de los mexicanos con derecho a ejercerlo, pero a la vez siempre ponemos entre interrogaciones los resultados oficiales de esas elecciones, pues son conocidas las pruebas de irregularidades de difefente tipo y de diversos grados de sofisticación en los comicios. Más aún, en los ámbitos académicos se ha descubierto la frecuente ausencia de lógica de ciertos resultados electorales en función de los niveles de empadronamiento o de cultura política y, al mismo tiempo, se han elaborado hipótesis bien sustanciadas para interpretar con mayor precisión el fenómeno electoral y sus desviaciones intencionadas para garantizar cuotas de poder y, a veces, para modificar en el papel el sufragio efectivo.

En un país tan desigual como el nuestro no es difícil constatar resultados electorales sorprendentes, paradójicos y contradictorios, al mismo tiempo que se presentan procesos violentos, burdos y sofisticados según el momento, el lugar y la correlación de fuerzas. Todavía se recuerdan las votaciones del México bronco del pasado que se arreglaban por la violencia y por la voluntad impuesta de caciques y políticos inescrupulosos. Pero también están presentes en la memoria los diferentes modos de alteración de resultados electorales que se han utilizado en los últimos años, menos violentos, cierto, pero igualmente reprobables. No parece casual que la política ocupe el penúltimo lugar (antes de la policía) en la confianza de los mexicanos (gráfica 8), ni que el 54 por ciento de los entrevistados haya pensado que no se respetó el voto en 1988.

La credibilidad en las elecciones ha aumentado en los 32 meses del gobierno de Salinas de Gortari (gráfica 12), entre otras razones porque la confianza en el presidente de la república se ha incrementado, más por programas como el de Solidaridad (Pronasol) que por las políticas gubernamentales en materia de empleo, precios, vivienda, etcétera (gráficas 4 y 7). Sin embargo, hay indicios de que los artificios antiguos para inclinar los resultados en favor del Partido Revolucionario Institucional sólo han cambiado en las formas y en los modos - éstos muy lejos de la llamada *alquimia* pero no de la cibernética ni de la matemática-. Tiempos de modernidad en los medios pero no en los fines, podría decirse.

Partidos, gobierno y ciudadanos

El sistema de partidos en México ha sido básicamente el mismo desde hace 50 años, lo que ha cambiado es el número y la capacidad de competencia de la oposición. Multipartidismo con partido dominante es el esquema formal. Un partido de gobierno y crecientemente subordinado a éste, más otros partidos, es el esquema real. Una oposición, a veces débil, a veces fuerte y con frecuencia fragmentada, frente a un régimen político que se resiste a la alternancia y al respeto del voto, ha sido constante no sólo por 50 años sino por dos décadas más. Quizá esta larga trayectoria ha provocado que más de la mitad de los ciudadanos no tengan simpatía por ningún partido (**gráfica 1**) o que los que votan lo hagan cada vez menos por el Revolucionario Institucional.

Basta una ojeada a las cifras de votación en los últimos 15 años para percibir que la abstención ha aumentado mientras que los candidatos del PRI han visto disminuir los sufragios a su favor. La oposición ha crecido en número de organizaciones pero no en votos (con excepción del Partido Acción Nacional), salvo en 1988 cuando buena parte de los partidos se presentó en un frente electoral: el Frente Democrático Nacional. Entre 1940 y 1976 los principales partidos opositores nunca fueron más de tres, y entre los principales partidos estamos incluyendo a los que apenas si lograron una votación de uno por ciento en varias elecciones. Ahora son diez partidos los que se presentan para las elecciones de este mes, pero tres parecen ser los más populares y, en este sentido, los principales: PRI, PAN y el de la Revolución Democrática (PRD), como se puede observar en las gráficas 1 y 10.

El fenómeno electoral de 1988, sin embargo, no está ahora presente en el mismo porcentaje de la población que entonces votó. Por un lado ha aumentado la credibilidad en el sistema electoral y, por otro, quienes recuerdan haber votado por Cárdenas o por Clouthier son menos ahora que los que efectivamente sufragaron en contra del PRI, incluso considerando los resultados oficiales de aquellas elecciones.

Podría pensarse que la mayor parte de la ciudadanía está informada e interesada en política pero no es exacto. Ciertamente cerca del 60 por ciento de los mexicanos mayores de 18 años conocen el nombre del gobernador de su entidad y la fecha de las próximas elecciones, de acuerdo con la encuesta en que se basan estos comentarios, pero es sabido que los medios informativos suelen dedicar buena parte de su espacio noticioso a las figuras políticas oficiales y, desde hace varios meses, al proceso comicial en curso. El bajo nivel de simpatías por los partidos políticos en general y el ligero aumento en favor del PRI de 1990 a 1991 (gráfica 2), podrían ser resultado de la insuficiente información que reciben los mexicanos o, de otra manera dicho, por la desigualdad en el acceso a los medios informativos que tienen los partidos. Podrá recordarse que el costo de dos minutos en el mayor consorcio privado de televisión en tiempo triple A es equivalente, para ubicarnos en el extremo, al financiamiento público de partidos con registro condicionado durante 11 meses. No es casual, bajo estas condiciones de precios tiempo, que el público de la televisión en la franja de programación de mayor demanda sólo se entere de la existencia del PRI y muy ocasionalmente del PAN o del PRD. La reducida actividad de los partidos, empero, no debe desdeñarse como parte de la explicación de este fenómeno.

Miguel Basáñez señala, con razón, que la personalidad social del mexicano y su comportamiento político encierran no pocas paradojas y contradicciones, como percibir claramente que los precios han aumentado mucho y, al mismo tiempo, estar muy contento con la vida que lleva, cuando un porcentaje similar al de la población contenta apenas puede comprar lo más necesario. En el mismo sentido, por cuanto al comportamiento político, cerca de la mitad de los entrevistados es favorable al PRI, casi dos tercios al presidente y a Pronasol, pero la mayoría opina que la contaminación y varios servicios dejan mucho a desear y que el gobierno ha sido poco eficaz para resolver problemas que pesan considerablemente en la población, tales como el empleo, la vivienda, los precios y la corrupción (gráfica 7).

Yo iría un poco más lejos de la apreciación de Basáñez, sin que por ello deje de coincidir con ella. Pienso que un porcentaje muy significativo de la población ciudadana carece de politización suficiente para distinguir entre las expectativas provocadas por la propaganda oficial y la realidad que ésta quiere ocultar. Si hubiera mejor información, esto es, más objetiva e independiente, y mayor cultura política, más personas percibirían el ensanchamiento de la brecha entre los privilegiados y el nivel de vida de la mitad de la población que el mismo Pronasol reconoce que vive en la pobreza. Quizá los partidos tienen responsabilidad en la escasa politización de los mexicanos, pero quizá también por ello quienes detentan el poder han hecho hasta lo increíble por evitar que la oposición partidaria crezca, se desarrolle y pueda influir más de lo que hasta ahora ha podido hacerlo.

Tendencias electorales

Con base en la gráfica 2 referida a las simpatías por los partidos desde 1982 hasta 1991, se observa que el PRI ha disminuido en popularidad hasta los niveles tradicionales de la oposición. Se puede ver, asimismo, que en 1988, cuando la oposición atrajo muchas simpatías, el PRI subió también. En 1991, en cambio, la oposición continuó en descenso de popularidad y el PRI probablemente ha iniciado un nuevo periodo de ascenso, aunque todavía muy lejos del punto inicial de la gráfica.

De la gráfica 10 se desprende que el PRI ha mejorado su imagen en comparación a 1988 y que si en el momento del levantamiento de la encuesta hubiera habido elecciones, el 49 por ciento de los entrevistados favorecería a este partido, aunque si se elimina al 22 por ciento de quienes no votarían por ningún partido la preferencia por el PRI subiría a 64 por ciento. CEOP considera que este incremento de votos probables para el PRI puede explicarse en el optimismo que muchos mexicanos sienten en términos de su situación personal, independientemente de que la realidad objetiva de esos mismos mexicanos no justifique tal optimismo. Si de la encuesta se desglosan los simpatizantes del PRI por sexo, edades y estrato social, se puede constatar que los hombres, más que las mujeres, los mayores de 50 años y los del estrato alto forman la mayor parte de los entrevistados proclives a este partido. Es muy probable que encuestas previas demostraran que esta tendencia es relativamente nueva, y que no sería exagerada la hipótesis de que los estratos altos se sienten más identificados con la política económica del gobierno actual que con la de los gobiernos anteriores, digamos, al de López Portillo.

Si atendemos a los datos oficiales de las elecciones en el mis-mo periodo mencionado, la declinación de la fuerza del PRI es evidente. Si exceptuamos la elección de 1988, *sui generis* por muchos conceptos, la única fuerza partidaria que se mantuvo en ascenso en elecciones federales hasta 1985, inclusive, fue la derecha; sin embargo, en el momento en que buen número de los partidos considerados de izquierda, al menos a la izquierda del PRI, se unieron en tomo de un candidato a la Presidencia del país, la derecha fue dejada muy atrás.

El insólito repunte de la izquierda partidaria en 1988 (izquierda en sentido muy amplio) hizo reaccionar al gobierno al extremo de propiciar reformas constitucionales en materia electoral y una nueva ley *ad hoc* que, en primera instancia, impide prácticamente toda posibilidad de un nuevo FDN y, en segundo lugar, para no hablar de otras restricciones, garantiza la sobrerrepresentación del partido dominante en la cámara de diputados. Por vía de la ley electoral, una vez más después de las experiencias de candidaturas competitivas (casualmente todas desprendidas del ámbito oficial), se intenta asegurar el predominio no ya de la antigua familia revolucionaria, hace muchos años ausente de los círculos hegemónicos, pero sí de los grupos tecnocráticos que se fueron abriendo paso poco a poco desde el gobierno de Díaz Ordaz.

Aunque las tendencias electorales reflejadas por la encuesta que comentamos debieran desterrar temores de derrotas al grupo gobernante, no hay indicios de que se quiera arriesgar siquiera una parcela de poder.

De la alquimia a la ingeniería electoral

Una vez abandonados los recursos de la violencia generalizada para ganar elecciones, se adoptaron mecanismos igualmente arbitrarios, un tanto burdos y groseros, pero aun así menos obvios que antes. La base de las irregularidades electorales estuvo largo tiempo apoyada en la circunstancia de que la oposición no tenía suficiente representación ni capacidad de vigilancia en las casillas de voto. No era extraño que, en sitios donde la oposición estaba ausente, hasta el abstencionismo fuera abatido, curiosamente en medios de mayor analfabetismo y pobreza y donde más difícil era votar. Algunos estudios pudieron demostrar que el número de votantes por unidad de tiempo llegó a ser mayor en zonas rurales que en experimentados ámbitos urbanos, algo muy improbable, para no decir imposible.

Mientras la oposición se mantuvo estable y poco competitiva y el PRI disminuía en votos, la abstención aumentó, lógicamente. Así, en vez de ser la oposición el adversario del PRI, fue la abstención. Había que derrotarla, y para ello se pensó, primero, en una reforma política que al aumentar el número de opciones partidarias aumentara también la participación electoral. Pero esta relación causal casi no ocurrió, salvo en 1982 cuando bajó considerablemente la abstención. Así, para los comicios de 1988, se prefirió que subiera la abstención, incluso en el Distrito Federal lo que parece poco creíble tratándose no sólo de elecciones presidenciales (a diferencia de 1985), sino de mayor competencia partidaria. Podría pensarse que muchos de los votos de la oposición fueron enviados al expediente de la abstención, gracias a las fallas en el sistema de cómputo de ese año.

Por una feliz coincidencia en 1990 hubo ocasión de llevar a cabo el censo decenal de población. Por otra bienhadada coincidencia se atendió una de las demandas de la oposición: elaborar de nuevo el padrón electoral (con técnicas censales) y otro modelo de credencial. Por si no fuera suficiente la bienaventuranza, todos estos cambios en el número de mexicanos (y entre estos los ciudadanos) coincidieron con afanes reformadores que tocaron a la Constitución en materia electoral y se procedió a aprobar una nueva ley electoral con las características ya mencionadas, más la recuperación de la figura de los partidos con registro condicionado al resultado de las elecciones (que aumenta el número de opciones y tiende a dispersar el voto en perjuicio, sobre todo, de la oposición más competitiva).

Si es correcta la opinión de algunos especialistas sobre la sorprendente disminución del número de mexicanos que arrojó el censo de 1990, si se justifican las sospechas de que el padrón electoral de 1991 es menor, proporcionalmente al que debía ser de acuerdo con el crecimiento de la población, y si además se entrega menor número de credenciales para votar de quienes las solicitaron, se podría pensar que existe la intención de disminuir el número de electores en el país, pero también que dicha disminución podría ser selectiva.

En nuestra opinión, si se reduce el padrón de electores y la oposición es más o menos fuerte o el PRI más o menos débil y quiere ganar, los únicos caminos que desde la lógica del poder se pueden seguir son: disminuir todavía más el padrón de electores y repartir selectivamente las credenciales de tal manera que la oposición decrezca al momento de la emisión del voto. Si el padrón no puede ser disminuido, pero sí es posible el reparto selectivo de credenciales, se buscará disminuir la abstención pues es obvio que una mayor participación, en las condiciones del escenario expuesto, reduce las posibilidades de que pierda el PRI.

En el Distrito Federal, donde el padrón ha (sido) disminuido pero la oposición es fuerte y existen antecedentes de un PRI debilitado, el mecanismo tendría que ser aumentar el número de credenciales a los partidarios del PRI (por encima del promedio nacional), disminuir la entrega de credenciales para la oposición (todavía más que a escala nacional) y reducir la abstención por medios propagandísticos para que quienes han acusado proclividad a la abstención voten, si acaso, por los partidos más pequeños.

Si se observa la **gráfica 9** se constata que el reparto de credenciales es mayor a quienes manifestaron simpatía por el PRI que por la oposición. En el DF podríamos suponer que las diferencias serían más contrastantes. Compartimos, entonces, la apreciación de CEOP de que el empadronamiento y la entrega de credenciales pudieron obedecer a criterios deliberados, entre otras razones, añadiríamos, porque con ello se favorece al PRI.

Viene a cuento la expresión popular que dice: ¿Para qué tanto brinco estando el suelo tan parejo? Si todas las hipótesis que hemos tejido en estos comentarios se confirman en la práctica, uno tiene que preguntarse en qué pensaron sus diseñadores, qué peso le han dado a la oposición y qué respeto les merecen los ciudadanos. En realidad, como se ha querido demostrar con los resultados de la encuesta de CEOP, el denominado sistema político mexicano, en las condiciones actuales, no corre ningún riesgo que no pueda ser absorbido por los políticos del régimen. Mayor credibilidad ganarían el gobierno y su partido si, sobre la magna campaña que se ha hecho para recuperar y ganar imagen, se hubieran evitado incluso las sospechas de que un nuevo tipo de irregularidades se estaban fabricando bajo una moderna ingeniería electoral.

fecha del levantamiento: del 11 al 14 de julio de 1991

método de muestreo: aleatorio por conglomerados

tamaño de la muestra: 1 614 cuestionarios

tipo de entrevista: personal en la calle

patrocinador: *Este país*

responsable de la investigación: Dr. Miguel Basáñez (CEOP)

responsable del levantamiento: Jesús Orozco

diseño y descripción de gráficas: Alejandro Moreno